

EVA COLECTIVA

ERÉNDIRA, EN LETARGO EN TIEMPOS DEL CORONAVIRUS

COTTY CARMONA
MÉXICO

Nuestra historia comienza en la región lacustre, así se denomina a la zona del Lago de Pátzcuaro, que en purépecha significa “puerta del cielo”, nuestros ancestros no se equivocaron al nombrar a tan hermoso lugar, sus lagos azules y sus llanos dorados sin duda representan una creación celestial coronada con nueve islas: “Cabello de elote”, o sea Janitzio; Jarácuaro, que significa “el adoratorio de Xaracua”; Pacanda, que se traduce como “donde empuja el agua”; las Urandenes, conjunto de islas cuyo nombre significa “bateas”, y Yunuén, “media luna”.

Eréndira, es el nombre de nuestra protagonista, en evocación de aquella princesa purépecha quien se resistiera a la conquista de los españoles robando un caballo; un monstruo desconocido, como venado gigante sin cuernos, cuyo temor a ser devorados hacia sucumbir hasta al más valiente de los hombres; cuenta la historia que fue Eréndira, una hermosa mujer, quien domó a aquella bestia de ojos de fuego y montándolo infundió a su pueblo valentía para enfrentar a los conquistadores. Como el lector podrá suponer, la historia oficial de México nada dice respecto de tal hazaña, probablemente porque no encuadraba en el **estereotipo de mujer de la época**.

La comunidad Purépecha es una etnia indígena que actualmente se concentra en el estado Mexicano de Michoacán; aún quedan vestigios de su resistencia a la evangelización; la iglesia católica construida en Tzintzuntzan, en su centro, cuenta con un patio con una cruz atrial, rodeada de jardines; aislada se observa una antigua capilla abierta o capilla de indios en forma de un portal, su fachada mira al patio atrial del antiguo Hospital de Indios enmarcada por un amplio arco de cantera al aire libre, rememora la mixtura de la adoración del Dios de los españoles con olor a incienso, en oposición de la creencia politeísta; en aquellos espacios abiertos los Purépechas adoraban al sol, a la luna y sus almas gozaban al aire libre¹. La vida después de la muerte en la actualidad se conmemora con un gran festín al que acuden los espíritus de los difuntos cada año guiados por la luz de las velas, por el color de sol de la flor de cempasúchil y el olor de su comida predilecta perfectamente dispuesta por los familiares del difunto en altares coloridos, quienes con cantos aguardan pacientemente a su ser querido, junto a su tumba, hasta el amanecer del día siguiente.

¹ José Corona Núñez sugiere que creían en un principio creador conformado por una parte masculina *Curicaveri* o *Curicaheri* y otra femenina *Cuerahuáperi*. Existía también la "palabra" o "soplo divino" o mensajero, llamado *Curitacaheri*. También esta tríada se puede ver como la madre, el padre y la creación del nuevo ser; mientras que el principio creador masculino se representaba por medio del [Sol](#), el principio creador femenino por la Luna y el producto o mensajero era [Venus](#)

Tzintzuntzan², que en español significa lugar de colibríes, fue la capital del imperio Purépecha, localizada en el margen del lago, vio nacer y crecer a Eréndira, ahí experimentó arar la tierra saboreó pescado blanco endémico del Lago de Pátzcuaro y compartió con sus abuelas interminables charlas mientras elaboraban artesanías multicolores, alfarería de barro, juguetes de madera y cestería en tules.

La comunidad de Eréndira no ha sido exceptuada de los retos de la Nación. México es un país de grandes contrastes, los índices de pobreza y desigualdad que lo caracterizan hicieron estragos en su colectividad y si bien, a finales de la década de los ochentas los Purépechas se unieron en defensa de su patrimonio y el impulso de su lengua, lo cierto es que Eréndira vio a sus hermanos migrar a los Estados Unidos en búsqueda de mejores oportunidades, con el consecuente desarraigo de sus tradiciones; para ella fue un reto adaptarse a la cultura moderna; para progresar tuvo que ir la capital, Morelia, a 50 kilómetros, en donde estudió para ser maestra, con lo que pretendía rompería la segregación de que era víctima por sus condiciones de indígena y mujer; luego de 4 años regresó a su comunidad.

Esta riqueza cultural forjó el carácter de Eréndira, actualmente con 55 años de edad. Esposa, madre y profesora de primaria, roles con los que pretendió cumplir con los cánones que ancestralmente se imponen a las mujeres y que aceptó estoicamente.

De pronto todo cambio, Eréndira se enteró que aquel hombre a quien entregó su vida como vehemente esposa decidió que era tiempo de divorciarse, a su edad ella ya no tenía más la piel morena que brillaba a la luz del sol, ahora se su rostro mostraba arrugas y se enmarcaba con no pocas canas; aquellos ojos negros y vivaces ahora lucían cansados, sus caderas y piernas ya no eran fuertes, torneadas ni deseables.

Aquellos dos hijos a quienes había creado con tanto amor, habían emprendido el vuelo lejos del hogar, tal vez hasta avergonzados de sus orígenes indígenas por no ser un estándar deseable en la sociedad en la que ahora ellos se encontraban inmensos, probablemente habían olvidado el consejo de su madre de cultivar su lengua originaria, ni que decir de recordar cantar una *pirekua*³, canto típico con el que muchas veces fueron arrullados en el regazo de su madre⁴.

Eréndira entonces se refugió en su trabajo, su corazón vibraba cada vez que acudía a sus clases en purépecha y español; consciente de que su labor era apreciada por aquellos pequeños a quienes alentaba a no olvidar sus raíces, sentía, como lo señaló el escritor Brasileño Rubén Alves que: "Enseñar es un ejercicio de inmortalidad"; sí, de inmortalidad, porque los sucesos de sus recientes años se habían encargado de hacerla sentir que, irremisiblemente, cada día moría un poco y se encaminaba a las filas de otro grupo vulnerable, el de los adultos mayores. Indígena, mujer, divorciada y vieja, es decir cada día más invisible.

² De su análisis morfológico se desprende que Tsintsuntzan, significa 'donde está el templo del dios colibrí mensajero', que está formado de *tsintsun-*, radical extendida del término *tsintsuni* o *sinsuni* 'colibrí'; la partícula interpolada o afijo determinativo *-tza-*, que significa rapidez; y *-an*, sufijo determinativo de lugar o locativo, que significa 'donde está asentado el templo de una deidad (identificada con el Colibrí Veloz o el Colibrí Mensajero). El topónimo se refería por tanto al lugar donde estaba asentado el templo de una divinidad.

³ Declarada Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad. <https://ich.unesco.org/es/RL/la-pirekua-canto-tradicional-de-los-purhepechas-00398>.

⁴ <https://www.youtube.com/watch?v=dldqk8sLlOo>

Aquel domingo 8 de marzo de 2020 Eréndira inició su día como cualquier otro de asueto, le gustaba cuidar su jardín, regar sus orquídeas, cortar algunas rosas para su jarrón, percibir el olor a tierra mojada y depositar agua dulce para alimentar a los colibríes –Tzintzuni en purépecha-; esas pequeñas aves que ocupan un rol esencial en la **cosmogonía prehispánica⁵ por ser considerados mensajeros de los dioses**, las cuales, para subsistir, [han desarrollado](#) un estado de letargo durante la noche en el que **su temperatura se reduce, su corazón se ralentiza y sus riñones dejan de funcionar para evitar la muerte por deshidratación⁶**.

Ese día se sentía un ambiente especial, se conmemoraba la lucha de la mujer por su participación dentro de la sociedad, en pie de emancipación y desarrollo íntegro como persona; lo cierto es que Eréndira reflexionaba en torno a tales aspiraciones, pensaba que lo escrito en las leyes y en los tratados se lee bien y se aplica poco; ella misma no sabía que opinar en torno a esta “nueva necesidad femenina” que reclamaba la eliminación de la violencia de género, que exigía el derecho a la autonomía sobre los propios cuerpos, demandaba igualdad de género, destacaba el liderazgo feminista, etcétera.

A las 16:00 horas de ese día, Eréndira se concentró en la plaza principal de Pátzcuaro, temerosa a ser vista como parte de aquella multitud de mujeres que, con rabia, reclamaban: ¡Ni una muerta más!; no importaba etnia, edad, condición social ni preferencia sexual, el común denominador era ser mujer, ellas quienes se movían al grito de **¡nos queremos vivas!** evidenciaban el feminicidio como la forma más extrema de violencia y discriminación en contra de mujeres y niñas.

Sorprendida, se detuvo en la acera para observar, se preguntaba: ¿En qué momento aquellas mujeres dejaron la invisibilidad? ¿Cómo hicieron para dejar el miedo de lado? ¿Qué opinaría la sociedad de tal atrevimiento? ¿Dónde estaba ella mientras todas estas mujeres forjaron un carácter distinto al que ella conocía? ¿De verdad era factible reclamar igualdad y el respeto a la decisión sobre el propio cuerpo?; otras señoras mayores manifestaban su asombro, jamás habían concebido que el rapto que de ellas realizaron sus ahora maridos, cuando eran menores, constituía un delito, un abuso; ¡que despertar!, las nuevas generaciones de féminas eran valientes, decían.

La conmemoración no concluyó ese día, un grupo feminista había lanzado una convocatoria para el día siguiente, 9 de marzo del 2020, al grito de **¡el 9 ninguna se mueve!**, el 51% de la población, las mujeres, pararían sus actividades en México sumándose a otros paros y huelgas que en distintas partes del mundo hicieron historia.

Esa “no actividad” a la que se adhirió Eréndira por un día, le llenó de orgullo, no estaba sola, era parte de algo trascendental; se trataba de hacer sentir la ausencia de las mujeres y su aporte en la sociedad Mexicana, en las escuelas, oficinas, calles, plazas y mercados, sólo hombres –muchos de ellos apoyando la lucha- niñas, adolescentes, jóvenes, profesionistas,

⁵ Según Ana Paula de la Torre Díaz “entre los **aztecas**, basta recordar que fue el colibrí quien los condujo hasta **Aztlán**. Esta preciosa e, que en náhuatl es nombrada como **huitzilin**, es considerada como el nahual de la guerra. Entre los mayas también ocupaba un lugar privilegiado, fungiendo como una suerte de mensajero entre los dioses y los humanos”. <https://masdemx.com/2016/01/el-colibri-protector-de-los-guerreros-y-mensajero-de-los-dioses/>

⁶ https://www.lasexta.com/tecnologia-tecnologia/ciencia/ecologia/maldicion-colibri-estar-siempre-hora-morir_2014081257fca4fe0cf2fd8cc6b0e96b.html

artistas, mamás, abuelas, ninguna de ellas realizó sus labores cotidianas, ni aquellos “deberes” que por ser costumbre, resultan invisibles y no remunerados; la sociedad percibió que los reclamos de las féminas eran justos. La respuesta del Estado, otra discriminación por cuestión de género, que demeritaba la capacidad de organización de las mujeres atribuyendo el movimiento a grupos opositores del gobierno.

Eufóricas por el éxito de la campaña las mujeres Mexicanas amanecieron el 10 de marzo del 2020, que poco duró. La atención de los medios de información estaba concentrada en una nueva enfermedad, el coronavirus, contagioso y mortal; las políticas públicas para mitigar la pandemia obligaban a entrar en cuarentena, al paro de las actividades no esenciales, prohibían el acercamiento de las personas y limitaban las labores a las mínimas vitales. Todo enmudeció.

Eréndira se vio obligada a dejar las aulas, las personas de su comunidad vivían al día y que para llevar un plato de comida a su mesa necesariamente tendrían que salir a realizar la venta de sus artesanías o cualquier otra labor que les permitiera subsistir. El pueblo, en otra época ruidoso por los turistas que recorrían maravillados sus calles, lucía fantasmagórico.

Ansiedad, miedo, apatía, incertidumbre, frustración, son los barrotes de la cárcel del alma de Eréndira en los últimos días; han dejado de tener trascendencia el feminismo, la discriminación, el divorcio, las aspiraciones profesionales o los cánones sociales; el único objetivo ahora es sobrevivir y, frente a esta aspiración, aquello resulta insignificante. En soledad ha pasado más de 60 días con sus noches, con casi nulo contacto social, ha tenido que quitarse una a una las máscaras que llevó por años siendo complaciente con otros, hasta quedar frente a frente, consigo misma, sin reconocerse; muchas veces ha llorado hasta conciliar el sueño, en su desesperación ha clamado a Dios para recobrar su forma de vida.

Aquella noche cálida de mayo Eréndira recostó su cabeza sobre la almohada, cerró los ojos, por sus mejillas corrían sus lágrimas, había rogado tanto por una señal del cielo, que le era imposible determinar si la experiencia de ese instante era parte de sus súplicas, inspiración divina o un sueño en el que los dioses de sus antepasados se reunieron para mostrarle, bajo un arcoíris, la imagen de aquella princesa Purépecha montada a caballo resistiendo cualquier forma de sumisión, cualquier embate; su fuerza la luz, su inspiración la luna, su aliento el viento; en esa experiencia el alma de Eréndira se mimetizaba con aquella imagen, recordándole su propia valentía; cantos apenas perceptibles al compás del vuelo del colibrí, le permitían desplazarse revoloteando hacia adelante, atrás, arriba o abajo. Sin depender necesariamente de la velocidad del viento, su brazos como alas, cobraban vida desprendiendo un halo de luz multicolor.

Sobresaltada, Eréndira recobró la conciencia, corrió al espejo, en sus propios ojos pudo reconocer su herencia milenaria; ahora todo era claro, no estaba sola sino consigo misma, con la inspiración de todos los seres que le antecedieron, aquellos que vuelven cada 2 de noviembre, por caminos de cempasúchil a convivir con sus seres vivos entre cantos a la luz de las velas.

La cuarentena era una pausa, se trataba de aguardar en letargo, como el colibrí, para superar los tiempos difíciles, evitar la muerte y resurgir con un nuevo espíritu resiliente, ese con el que se ha dotado a toda mujer y que le permite adaptarse positivamente a las situaciones

adversas, que hermana al género femenino para emerger como el Tzintzuni de los Purépechas, con un vuelo multidireccional, en la búsqueda y reconocimiento de sus propias virtudes y las prepara para continuar, con ánimos renovados, en la exigencia del respeto de sus derechos.